

en general, la cuestión verdaderamente pastoral de la Iglesia. En este sentido, creo que se logra una visión mucho más certera de la realidad eclesial y de su verdadera contribución a la sociedad medieval.

Me parece, con todo, que la presentación que se realiza de la Iglesia se habría enriquecido si se hubiera buscado tener en cuenta su desarrollo teológico. En efecto, dejando al margen las convicciones personales de cualquier historiador, es innegable que la Iglesia cree que se desarrolla según unos parámetros que tienen que ver con su origen (la denominada «voluntad fundacional de Cristo») y la interpretación de éste. Esta conciencia hace que difícilmente se planteen las cosas en la Iglesia en términos de «ruptura» o de «creación», sino más bien de «fidelidad» y «reforma». En este sentido, me parece que haber tenido en cuenta la reflexión teológica habría evitado presentar la evolución de la doctrina del primado como una creación papal y su justificación únicamente en términos de poder, obviando testimonios patrísticos y teológicos, que llevarían a otra explicación. Y lo mismo cabría decir de la evolución de la atención pastoral de los fieles explicada en

términos de «control progresivo» por parte de la élite clerical.

A nadie extrañará tampoco que en una síntesis de tantos siglos los autores muestren un mayor conocimiento de unos aspectos sobre otros y que esto se ponga de manifiesto también en el peso que se da a interpretaciones recibidas. Así, por ejemplo, entre muchas interpretaciones afortunadas, sorprende, sin embargo, que se presente a San Buenaventura como quien definitivamente traiciona el carisma de Francisco de Asís (p. 188) o el conciliarismo de Constanza sólo a partir de las doctrinas de Marsilio de Padua y Ockham (p. 250).

Las observaciones críticas realizadas ponen de manifiesto una vez más la dificultad de presentar la Historia de la Iglesia desde instancias ajenas a su propia autocomprensión; pero, a la vez, queda claro el valor inmenso para el diálogo de este tipo de acercamientos, que buscan entender su contribución a la cultura occidental y que manifiestan una gran sensibilidad por la realidad pastoral de la Iglesia.

Nicolás ÁLVAREZ DE LAS ASTURIAS

Facultad de Teología de San Dámaso

Alexandre BANDE, *Le coeur du roi, Les Capetiens et les sépultures multiples XIII^e-XV^e siècles*, Ed. Tallander, París, 2009, 255 pp.

Lo que en su día fue una tesis doctoral defendida en 2002 en la Universidad de París X Nanterre, se convirtió en 2009 en un libro singular, con una información ciertamente rica e inesperada, encuadrado en un campo de análisis más o menos reciente en la historiografía medieval. Tras este sugestivo título «El corazón del rey», se esconde el estudio de una práctica funeraria –la *dilaceratio corporis*– que, sin duda, va mucho más allá del simple análisis ritual, para detenerse en una

compleja serie de aspectos donde confluyen lo político e ideológico con lo religioso. La costumbre de separar el corazón del resto de vísceras y del cuerpo para ser enterrado aparte y con un ritual y signos propios, se difunde entre la realeza capeta a partir de la segunda mitad del siglo XIII; para principios del siglo XIV la dinastía habrá conseguido que se considere un privilegio dinástico. Sin embargo, hay una larga trayectoria antes y después de los años centrales del siglo XIII, y en ella se

observa una progresión en las intenciones y los intereses de los reyes. A partir del siglo XV el cambio será radical, y la práctica se abandona.

El punto de partida de la obra se centra en la inhumación en Rouen del corazón de Carlos V de Francia (1384), el primer soberano que, además de haber previsto la tripartición de sus restos, fijó con lujo de detalles toda una serie de expresiones y ceremonias. El «corazón del rey» interesa sobre todo en el marco de la construcción de la realeza en el siglo XIII y XIV, y en el contexto de las expresiones de sus «lugares de memoria». El autor se detiene así, pormenorizadamente, en el tercero de los Valois ya que en este caso se contienen casi todos los elementos que se van a analizar luego a lo largo del volumen. Todavía en el capítulo 2 se sigue tratando el caso concreto de Carlos V y otros de la segunda mitad del siglo XIV, con sus diversas ceremonias y matices, para pasar entonces, en el capítulo 3, a analizar el origen de esta costumbre funeraria. Se desarrolla entonces un detallado estudio de los enterramientos regios, y algunos nobiliarios, relacionados con la práctica, desde el período postcarolingio. Se constata así un inicio de esta costumbre por motivos básicamente prácticos, ligados por un lado a fallecimientos en lugares imprevistos, o simplemente lejanos del fijado en el testamento regio, y relacionado, por otro, con el derecho reconocido por la Iglesia de que fuera respetado el lugar de enterramiento previsto por el difunto. El primer caso del que se deja constancia, así, es el de Carlos el Calvo (877), cuyas entrañas, de más fácil descomposición, quedaron en los Alpes, donde había muerto, en tanto que su cuerpo había sido trasladado a Saint Denis, en París. Todavía habrá que esperar hasta finales del siglo XI para ver una separación expresa del corazón del resto de entrañas.

Es evidente, sin embargo, que el traslado de un cuerpo a determinadas distancias no podía ser fácil en los medios y capacidades de la época, y de ahí el análisis de los

sistemas de evisceración y preparación de los restos, en los que no cabe entrar aquí, aunque merezca la pena destacar el detalle con que se estudia la llamada «Mos Teutonicum», y los sistemas de embalsamamiento, más bien precarios.

Este aspecto desemboca en el capítulo cuarto del libro, donde se analiza el consiguiente debate teológico, en la universidad de París, y el decreto pontificio que en 1299, y calificando la técnica de desmembramiento llamada «teutónica» como práctica abominable, dictaminó que, si no se podía trasladar entero, el difunto debía ser enterrado en el lugar donde había muerto. Bonifacio VIII, sin ahorrar calificativos, proclama así una severa condena basada, más que en el núcleo esencial de los debates parisinos, relacionados con la resurrección, en el respeto al cuerpo humano, «al hombre» —textualmente—, que considera esencial.

Todos estos aspectos desembocan en el análisis de la singular valoración del corazón como parte esencialmente noble del cuerpo, sede de la vida moral o las virtudes, asiento de la sabiduría y lugar donde se alojan los sentimientos, en la que se hace residir —al menos idealmente— una parte de la esencia personal. Residen ahí, por lo mismo, los pecados y los vicios, y de todo ello quedará reflejo en los «espejos de príncipes» tan relevantes, sobre todo, en el siglo XIV. Se analizan, sobre todo entre los capítulos quinto y séptimo, las diversas imágenes mentales asociadas al corazón del hombre y el uso ideológico de las mismas: el rey es al reino lo que el corazón es al hombre. Se evalúa entonces un interesante recorrido desde la imagen bíblica del corazón, su recepción medieval, la interpretación aristotélica y los conocimientos médicos plenomedievales. Todos estos elementos serán recogidos en diversa medida por cistercienses y dominicos; de ahí el culto al Corazón de Jesús a partir del siglo XII, promovido esencialmente por el Císter, frente a diversas herejías. No se dejan de lado las diversas manifestaciones ideológicas y artísticas de este conjunto

de cuestiones, y se ofrece un cuidadoso elenco de lo que el autor llama la «geografía de los corazones», estudiando los destinos de cada una de esas tres partes en que se dividen los restos –cuerpo, corazón, entrañas– desde el inicio de esta costumbre. Es así un estudio de afinidades, intereses hacia determinadas órdenes religiosas, atracción del culto regio y de limosnas para el centro receptor, extensión de determinados cultos, etc.

El libro de A. Bande finaliza analizando el declive de esta costumbre, siempre menos acogida por las mujeres de la familia regia, que vincula, entre otras cuestiones, al contexto espiritual y moral de inicios del siglo XV, que prepara un cambio de mentalidad en este sentido; también un cambio en el ritual funerario de la monarquía. El reajuste ideológico-

político vendrá detrás: en plena guerra civil entre armañacs y borgoñones, la unidad del cuerpo se asociará a la unidad del reino.

Se trata aquí, por tanto, de un estudio que va más allá del análisis de una práctica funeraria, y se inserta en corrientes de análisis relativamente recientes en la historiografía, vinculadas a las mentalidades y al estudio de las manifestaciones ideológicas –y su cobertura– de la realeza medieval. Tras el análisis detallado de los datos, y el repaso exhaustivo de enterramientos y ceremonias, se desgrena una serie de componentes relacionados con la consolidación de la corona, la sacralización de la realeza y la liturgia de la misma.

Eloísa RAMÍREZ VAQUERO

Universidad Pública de Navarra

Eudaldo FORMENT, *Santo Tomás de Aquino: su vida, su obra y su época*, BAC maior, Madrid, 2009, 738 pp.

El profesor Eudaldo Forment, catedrático de Metafísica de la Universidad de Barcelona, es bien conocido en los ambientes tomistas por sus numerosos estudios tanto de la filosofía como de la vida y espiritualidad del Doctor Angélico. Se trata, por consiguiente, de un autor autorizado. Esta obra constituye una meritoria obra de síntesis, no exenta de originalidad. Meritoria síntesis, pues no son pocas las biografías, documentos históricos y ensayos publicados a lo largo de los siglos sobre Tomás de Aquino, y en esta obra, Forment hace un acopio virtualmente exhaustivo de esas obras, con una documentación puesta al día, expuesta con la claridad y rigor. Se trata también de una biografía no exenta de originalidad, pues sin pretender escribir «la biografía definitiva de Santo Tomás» –porque como afirma el autor «nunca se escribirá la biografía que merece Santo Tomás»

(p. XXII)–, Forment pretende «no seguir la mera actitud científica y crítica de las biografías actuales, quizá demasiado fría y objetiva, en su intento de imparcialidad; ni tampoco la actitud hagiográfica medieval, que tanto insistía en los milagros, en su intento educativo moral y religioso. Se ofrecen todos los datos que han llegado hasta nuestros días, tanto los hechos naturales como los que no lo son, los llamados ‘sobrenaturales’, y se deja al lector que se forme su propio juicio» (pp. XXII-XXIII).

Otro rasgo distintivo de la presente biografía es el tratamiento del contexto religioso, político y cultural de la época de Tomás de Aquino, principalmente a través de los personajes históricos que de un modo u otro entretejieron sus vidas con la vida del Aquinatense. Además de esa perspectiva histórica, el autor ha estudiado la vida y obras de